

Jornadas feministas. Granada 09

Machitos, supernenas y demás fauna adolescente ¿Y quién no tiene las hormonas revolucionadas?

Rosa Sanchis (www.rosasanchis.com karicies.blogspot.com)

Mikel es transexual y Marina, lesbiana. El curso 08-09 les invité a que dieran una charla en mi instituto y tuve a la mitad del centro revolucionado. En el salón de actos solo caben ochenta personas, por lo que hicimos dos turnos, con tres grupos en cada uno. Llevábamos un mes hablando del tema y un grupito (1 chico y 3 chicas) habían preparado la presentación. Él era de los machitos, pero me preguntó si subía nota y, al saber que sí, se apuntó. Ellas no lo hacían por los puntos (lo suspenden casi todo) sino por gusto, porque son unas supernenas, y porque me lo he currado para que las novias de los machitos presenten a un trans y a una lesbiana. Sus novios se saltaron las clases y se pusieron, por supuesto, en primera fila. Cuando entró Mikel en la sala, uno de los machitos lo miró retador, de hombre a hombre. A ver quién aguanta más. A ver quién la tiene más grande.

A lo largo de la mañana, un par de chicas de otros grupos que no cabían, pidieron a sus profes que las dejaran ir. Y al final de la charla, se acercaron a Mikel i a Marina y les dieron las gracias por expresar sentimientos que creían que sólo ellas sentían en el mundo mundial.

Mikel y Marina hablaron de transexualidad y de homosexualidad, pero sobre todo hablaron de masculinidades y de feminidades. De machitos y de machitas. En clase habíamos discutido largo y tendido. “¿Por qué te sientes chica?” le preguntaba yo a una supernena. “Porque me gusta arreglarme, pintarme, ponerme taconcitos...” me contestaba ella. “Entonces yo no soy una chica”, le respondía yo, “porque no me gusta todo eso”. Y la supernena se me quedaba mirando, pensando en lo rara que era su profesora. Y su profesora se quedaba pensando en el día en que la supernena le dijo que su novio no se quería poner el condón, porque no se le ponía dura, y que lo hacían sin, y que ella fingía los orgasmos para que él no lo pasara mal, pobrecito.

Un par de semanas después de la charla, nuestra Conselleria, preocupada por el alto índice de embarazos adolescentes, decidió ofrecer un curso de educación sexual para los terceros de la ESO. A algunxs tutorxs les pareció estupendo: “*¡Estos de la ESO están muy salidos, y ellas van provocando!*”. La vicedirectora y yo miramos el programa y no encontramos nada que cuestionara la masculinidad o la feminidad tradicional; la propuesta eran cuatro horas de condilomas, sidas, aparatos reproductores y preservativos. Se enfadaron con nosotras porque les dijimos que no, que esa película ya la habíamos visto.

Y la hemos visto tantas veces como visitas hemos realizado al Centro de Salud Sexual y reproductiva de nuestra zona. A través de charlas aisladas, el objetivo que se pretende es evitar los riesgos que se consideran inherentes a la sexualidad –léase a las prácticas coitales. Unidos a menudo a las drogas, los contenidos de las charlas son

los peligros del sexo (embarazo y enfermedades) y los medios para prevenirlos (anticonceptivos y prácticas seguras). En cuanto a la temporalidad, el disparador de este tipo de educación, que llamaremos **biologicista** o **biológico-sanitario**, es la adolescencia. Casi todo el mundo, menos lxs partidarixs del modelo de educación moralizador, piensan que es una educación objetiva e imparcial, al margen de las creencias y opiniones personales.

Un curso clásico, al menos el que nos ofrecían en nuestro centro de salud, o el que hemos visto dar a educadorxs bienintencionadxs, consistía en un desfile de diapositivas que mostraban el aparato reproductor masculino y femenino y un buen número de imágenes que ilustraban el efecto de las enfermedades en nuestros queridos genitales: gonorrea, condilomas, candidiasis, tricomonas... y, por supuesto, el sida. Ocasionalmente, aparecía una gráfica que sólo con gran imaginación permitía ver las distintas fases del orgasmo, según la clásica –y superada– representación de Masters y Johnson: excitación, meseta, clímax y resolución. Autoras como JoAnn Loulan han criticado la linealidad de este modelo partiendo de que el placer, y no el orgasmo, es el propósito de la sexualidad. El placer, según Loulan, puede obtenerse en cualquier instante, pudiendo pasarse de una etapa a otra sin importar el orden.

Después de las explicaciones, la charla solía incluir la visita a la consulta ginecológica. Allí podíamos ver en vivo la camilla-potro en la que las mujeres se abrían de piernas para que el ginecólogo del centro introdujera un espéculo y sacara muestras de las cosas malas que seguro habría en esa *cavidad misteriosa*. Casi como de pasada, se hablaba de la existencia del urólogo, un señor que se hacía cargo de las cositas de los chicos en el hipotético caso de que algo les ocurriera. Las caras de los chicos decían: *¡Qué suerte tengo de no ser chica!* Las de las chicas también hablaban: *¿Por aquí tengo que pasar para tener sexo?*

Por suerte, el feminismo me ha prevenido contra la pretendida neutralidad de los discursos. Es más, me ha enseñado que precisamente no tener en cuenta el género contribuye a las desigualdades porque no las evidencia ni las denuncia, sino que las naturaliza. El **espejismo de la igualdad** nos hace pensar que hombres y mujeres somos iguales, que la igualdad está conseguida y que no hemos de luchar ni reclamar lo que todavía no sea conseguido. Por tanto, las diferencias que apreciamos sólo pueden ser debidas a la naturaleza. Y si son naturales, no se puede hacer nada.

“Mi madre hace la cama en dos minutos” me decía un alumno de primero de la ESO, *“ni una arruga se le queda... Y a mí me cuesta una hora dejarla perfecta. Es que las mujeres limpiáis mejor”*, rubricaba. Cuando salía de clase, me lo veía sacando brillo a su moto y en el depósito podía unx pintarse la ralla del ojo. ¿Confirma esto que las mujeres limpian mejor? Más bien, todo lo contrario.

La naturalización de las diferencias y el espejismo de la igualdad impiden que veamos los residuos patriarcales (Simón, 2008) que contaminan la convivencia en forma de machismo (los hombres son mejores, tienen derecho a los privilegios...), de androcentrismo (el hombre y lo masculino son la medida) y de sexismo (la educación sexual que se da a las chicas y a los chicos continúa siendo distinta).

Y la educación biologicista, tanto desde la sanidad como desde la educación, esconde bajo su pretendida objetividad un acercamiento **sexista** al cuerpo de los hombres y de las mujeres. El de las mujeres siempre es percibido como problemático: la información que sobre él se da pertenece al campo de la reproducción y al de la higiene, nunca al del placer. Aún se escucha hablar de la menopausia como si fuera una enfermedad, tratable con hormonas sustitutorias, y no como un cambio corporal natural (Valls, 2006).

Conviene detenerse aquí y no pasar por alto la diferente relación que tienen con sus cuerpos y con sus genitales los chicos y las chicas. A ellas, se las ha mirado y hablado de todas las partes de su cuerpo (la nariz, los ojos, la boca, el pecho, las caderas...) menos de la vulva. Los genitales femeninos son anatómicamente más inaccesibles, y se necesita un espejo para verlo todo con claridad. No está bien visto que las mujeres se miren sus vulvas ni que hablen de ellas. Tampoco son celebrados socialmente ni se anima al autoconocimiento. Resulta también más complicado que en los chicos identificar las señales de la excitación: lubricación, erección clítoris, aumento vaginal... A falta de curiosidad, los primeros contactos con los genitales tienen que ver con la regla. Y son también constantes los mensajes que hacen referencia a la suciedad y al mal olor de los genitales, y la recomendación de productos (jabones, desodorantes...) para la higiene íntima, sin que exista su correspondiente masculina. El reduccionismo reproductivo hace que las niñas sepan que tienen útero y ovarios pero desconozcan un clítoris que solo sirve para darles placer.

Los chicos, por el contrario, tienen un pene, unos testículos y poco más. De su cuerpo les han hablado de forma general: fuerte, musculoso, delgado, guapo... Sus genitales son celebrados socialmente, incluso en las ecografías (*¡Es un varón, y menuda herramienta se le ve...!*). Están acostumbrados a tocárselos para orinar, a ver los suyos y los de otros varones en los urinarios o en las duchas cuando practican deportes colectivos y las señales de la excitación son más que evidentes. Es además un gesto muy masculino, arreglarse los genitales delante de cualquier persona.

Podríamos pensar que esta naturalidad les llevaría a un mayor cuidado de su cuerpo; pero no es así. Seguro que todos hemos visto imágenes de autoexploraciones mamarias. ¿Alguien las ha visto de exploraciones testiculares? Si tenemos en cuenta que el cáncer de testículos es el más frecuente en hombres de 20 a 40 años, parece claro que la ausencia de consejos preventivos es bastante irresponsable por nuestra parte.

¿Qué pasa con los varones y con su salud?

Que la masculinidad tradicional celebra la autosuficiencia y el control de sí y condena el cuidado. La enfermedad es vivida como una amenaza, los cánceres genitales están subdiagnosticados por la resistencia a ser tocados en esas zonas, la consulta médica es vivida como un fracaso de la autosuficiencia, y la responsabilización de su cuidado (también de la anticoncepción y de la prevención) es depositada, con bastante tranquilidad, en las mujeres (Bonino, 2007). Por tanto, además de no atender a los varones de manera adecuada, estamos reforzando la masculinidad tradicional que asocia cuidado y enfermedad a falta de vigor y contribuyendo a la sobrecarga de las

mujeres, que siguen siendo las que se ocupan de la salud de la familia, de la prevención y de la anticoncepción.

La segunda de las consecuencias del modelo biologicista de educación sexual es el **adulthood**. Hablar de la sexualidad solamente en la adolescencia significa enseñar en las etapas vitales en las que el ser humano es fértil y estigmatizar o invisibilizar el resto: la infancia y vejez. La desconsideración hacia la sexualidad infantil, a partir de la premisa de que los niños no son sexuales, parte de una idealización de la infancia que dificulta su elaboración por parte de los niños y de las niñas y les deja indefensos. Si, además, cuando educamos a lxs pequeñxs, enseñamos que la sexualidad es reproducción a través de la metáfora típica de la semillita de papá dentro de mamá, estamos reforzando el reproductismo y la heterosexualidad.

Respecto a las personas mayores, la sexualidad de los varones continúa estando basada en el coitocentrismo y en el falocentrismo y salir de la presión por “cumplir como un chaval” resulta complicado. Aún así, la aceptación social de la sexualidad de los varones es mucho mayor que la de las mujeres. El anclaje de las mujeres a lo reproductivo es enorme. Una chica se convierte en mujer cuando le baja la regla, cuando tiene su primera relación coital (eso es lo que dicen algunas canciones casposas) y cuando es madre. Y deja de serlo con la menopausia. La bajada hormonal y la sequedad vaginal de las mujeres, que se produce en esta etapa, está haciendo que los laboratorios farmacéuticos se froten las manos. Me explicaré:

La industria farmacéutica es un poder económico que se encarga de que las mujeres usen fármacos toda la vida, primero para controlar la fecundidad y después para tratar como enfermedad el envejecimiento y la evolución esperada de sus órganos reproductores. Con la excusa de mejorar la salud, se crea una necesidad y una demanda. La necesidad tiene que ver con la DSF (disfunción sexual femenina) que se ha puesto de moda, no porque interese por fin la sexualidad femenina, sino porque hay mercado. El éxito de la Viagra masculina, convertida en pastilla para uso recreativo (*¡Quiero tres coitos que me hagan quedar como un campeón!*), se ha querido emular en las mujeres a través de los parches de testosterona.

¿Hasta qué punto mejoran los parches o las viagras la sexualidad de las personas?
 ¿También curan las pastillas el déficit de autoestima de las mujeres mayores, sometidas a la presión de mantener juventud y belleza? ¿Curan las pastillas una sexualidad monótona centrada en el falo como centro del deseo y del placer?

En una clase de cuarto de la ESO, un grupito representó a una familia que llegaba a casa y se encontraba a los abuelos en el sofá:

“Los abuelos han venido a ayudaros con vuestrxs hijxs (de 14 y 5 años) al apartamento que tenéis en la playa, pero no os han querido acompañar a una excursión a la montaña. La mala suerte ha hecho que la pequeña se haya puesto enferma y habéis vuelto antes de tiempo. Al abrir la puerta, les habéis encontrado haciendo el amor en el sofá. Ellos se han levantado corriendo a su habitación. Vuestro hijo mayor no ha dudado en llamar a su amigo y contárselo: ¡Qué asco, tío, si la debe tener como una pasa!” le decía. “

La reacción de la pareja que representaba a los padres fue reñir a los abuelos y decirles la poca vergüenza que tenían de hacerlo en su propia casa. *¡Me avergüenzo de vosotros!* fueron sus palabras. En ningún momento le dijeron nada ni a su hijo ni a la pequeña. El rechazo aparecía en el vocabulario del resto de la clase: *¡Qué asco, esos cuerpos llenos de arrugas!*

Es más que evidente que, para mi alumnado, sólo los cuerpos jóvenes y vigorosos tienen derecho a la sexualidad. Pero también pienso que es lo que cree gran parte de la sociedad, pues no hemos sido capaces todavía de elaborar un modelo de belleza de mujer mayor (Freixas, 2007) ni un modelo de sexualidad que no esté basado en el pene y en su potencia. Se me ocurre que podría ser muy educativo invitar a una mujer mayor para que hable de sexualidad en mi instituto.

La tercera de las consecuencias de la educación sexual biologicista es el **coitocentrismo**. Cuando en las encuestas se pregunta *¿A qué edad tuviste la primera relación sexual?* se está preguntando por el primer coito. En la campaña que promovía la vacunación de las niñas contra el virus del papiloma humano, se decía que no podían ponérsela las jóvenes que ya hubieran tenido relaciones sexuales. *¿De qué tipo? ¿Felaciones? ¿Cunnilingus? ¿Masturbaciones?*

¿Por qué se confundimos las relaciones sexuales con las relaciones coitales?

¿Por qué la primera vez es la primera vez coital y heterosexual?

¿Y la primera vez homosexual?

Hay muchas primeras veces, y muy variadas, pero todavía se sigue hablando de preliminares y de coito, de sexualidad de tercera y de sexualidad de primera. La de tercera se considera incompleta, inmadura, adolescente y cosa de niñxs. La de primera es la sexualidad adulta y madura, que se presenta como un pastel con la vana pretensión de que tarden mucho en tomarlo. Educamos en el “no” para que no hagan. Como se piensa que el sexo es *follar*, se les dice que “aún no”, que han de “esperar a la persona adecuada” o “a la edad adecuada”. Si somos un poco tradicionales, les amenazamos para que no lo hagan y les castigamos si lo hacen. Cuando no podemos evitarlo, les pedimos que lo hagan “con cuidado” y que tomen “precauciones”. Y en todos los casos, creamos miedos porque “lxs queremos proteger”. Como en general se piensa que la juventud es irresponsable e inmadura, acabamos reduciendo la educación sexual a la información-prevención (anticonceptivos y enfermedades) y no hablamos del placer porque se pueden animar todavía más. Tampoco les ayudamos a que aprendan a negociar el uso de los anticonceptivos y de las prácticas placenteras, ni cuestionamos la masculinidad o la feminidad tradicionales.

Un ejemplo. Hace un par de semanas les puse a mis alumnxs de 3r de ESO una pregunta en el examen: Imagina el **diálogo** que mantienen Marta y su novio Juan cuando él no quiere ponerse el preservativo.

- De las 11 chicas de clase, 1 acepta hacerlo sin condón.
- De los 7 chicos, 4 la convencen para hacerlo sin condón (57,1%) y 3 de ellos lo hacen con el argumento final de que la acompañarán a tomar la postcoital (43%).

- Del total de chicos y chicas de la clase, 5 lo harían sin condón (28,3%).

Las razones que daba Juan para no ponerse el preservativo, tanto en chicos como en chicas, eran mucho más variadas que las que daba Marta: *No pasará nada* (12), *Yo controlo, confía en mí, disfruta...* (10), *Da más placer* (9), *Nos queremos, hazlo por mí* (5), *No tengo condones* (4), *Estoy sano* (4), *Mañana te tomas la píldora* (3), *Niñata, sosa...* (2), *Tendrás que probar, atrévete a hacerlo* (2), *Es más divertido* (1), *Rompemos la fantasía* (1), *Llevamos año y medio* (1), *Como tú, tengo mil* (1).

Marta tenía un argumentario poco variado y sólo en un caso devolvía la responsabilidad al chico: *Me puedo quedar embarazada* (7), *Puedo coger enfermedades, sida...* (6), *O lo hacemos con condón o cortamos* (3 chicas), *Sin condón no hay sexo* (3 chicas), *Estoy más tranquila con condón* (1), *Hay que prevenir* (1), *El problema es mío* (1), *¿Es que tu quieres un niño?* (1 chico).

Llevo varias semanas comentando con mi alumnado estas cuestiones. Un chico de bachillerato decía que cuando una chica acepta mantener relaciones sin preservativo es “*porque no tiene cojones*” para negarse. Un alumno de tercero decía que las chicas que aceptan son un poco *pavas*. Una chica de tercero lo corroboraba.

En 2004, Ramos, Fuertes y De la Orden, de la Universidad de Salamanca, realizaron un estudio con estudiantes universitarias y de Secundaria (con una media de edad de 19,7 años) para determinar el grado de **coacción en las relaciones sexuales**. Se tuvieron en cuenta los contextos relacionales de amistad, de pareja y con un desconocido. Los resultados fueron los siguientes:

- El 41% de las entrevistadas tuvieron sexo no deseado bajo coacción (el 17%, relaciones coitales). El 68%, en más de una ocasión.
- La estrategia masculina más común fue la presión verbal, sobre todo el chantaje y la mentira.
- El contexto en el que más coacciones se produjeron fue el de amistad.

¿Qué hay debajo de la presión? ¿Chicas sin carácter? ¿Solamente es de ellas la responsabilidad y, por tanto, la culpa?

En realidad lo que hay debajo son unas cuantas ideas bastante perjudiciales:

- El varón debe tener el dominio de las relaciones sexuales.
- Está justificado usar la coerción cuando la mujer “ha provocado” al varón.
- Se pierde el derecho a decir “no” cuando se pasan determinados límites (por ejemplo si una chica ha excitado a un chico o si le ha dicho que habrá sexo, pero después cambia de opinión).
- La mujer dice “no” cuando realmente quiere decir “sí”.
- Los varones están muy necesitados sexualmente.
- Los chicos tienen dificultades para controlarse (especialmente al llegar a determinado punto).
- La conquista o incluso la imposición sobre una mujer que dice “no” aumenta el valor de un hombre; en cambio, si una mujer dice “no”, el varón se devalúa.

El estudio comentado concluía que las chicas que habían sufrido coerción puntuaban más alto en creencias estereotipadas y que la aceptación de creencias tradicionales sobre las relaciones sexuales incrementaba la vulnerabilidad.

¿Cómo podemos hacer que las chicas sean menos vulnerables y que los chicos tomen conciencia de sus “necesidades” y se responsabilicen de ellas? En primer lugar evidenciando la diferente socialización de unos y de otras.

Antes hablábamos de la educación sexista. A las chicas se las “protege” del sexo. A los chicos, se les anima. Una alumna lo contaba así:

“A las chicas nos educan para ser sensibles, románticas y sobre todo, para que nadie se aproveche de nosotras. A los chicos les educan para ser fuertes e insensibles y para aprovechar cualquier ocasión para acercarse a una chica (siempre con los condones que le habrá dado su padre, claro). En ningún momento nos educan pensando en el placer, simplemente en no quedarse/dejar embarazada” (Primero de Bachillerato, curso 09-10)

A **las chicas** se les enseña que el sexo es peligroso por los embarazos y porque los chicos mienten, ya que todos quieren lo mismo. Aún así, la socialización en el amor romántico tradicional hace que aspiren al amor fusión y a que su bienestar dependa del de la otra persona. El sistema se lo monta para que ellas tengan que cubrir las necesidades masculinas sin que ellos piensen que tienen necesidades (pues entraría en contradicción con el modelo de independencia de la masculinidad tradicional). Es más, el romanticismo hace que el otro sea central en la vida de éstas y que piensen que necesitan al otro para sentirse bien consigo mismas. Que las quieran y sentirse deseadas se convierte en una tarea fundamental, para la cual despliegan innumerables recursos de seducción. No obstante, el trabajo es doble e incluso contradictorio: por un lado hay que seducir y por el otro, limitar. Para la primera empresa, las chicas cumplen lo que Amelia Valcárcel llama la Ley del Agrado: vestir el uniforme de género como una tortura placentera (*¡A mí los tacones no me molestan!*); además de practicar el Deporte dietético (que tiene como objetivo adelgazar; no estar sana o divertirse). La educación de las chicas no está, pues, vinculada al placer sino al peligro y a los sacrificios: a poner mucho en el otro, y poco en ellas. Para la segunda empresa, la de limitar o frenar a los chicos, las chicas deberán reprimir sus deseos sexuales para no ser tachadas de “guarras” y reservarán sus cuidados para los príncipes azules, ideales que construyen fantasía y que impiden ver al otro tal como es en realidad.

Los chicos, por el contrario, reciben menos educación: *¡Si quieres condones, me los pides!* pero se les reconoce la sexualidad; en ellos el sexo es natural (una necesidad) y crecen sintiendo que tienen derecho al placer. Además, como antes hemos comentado, se piensa que son muy sexuales y que no se pueden controlar (*Ya dirán ellas que no*). Eyaculaciones y poluciones son bien aceptadas y consideradas signos de virilidad y de madurez. A su vez, el sexo es una demostración de masculinidad. A diferencia de las chicas, las emociones están devaluadas y se consideran signo de debilidad o de femineidad. Expresar los sentimientos es visto como poco masculino; por ello, los varones suelen tener dificultades para comprender y para explicar lo que les

pasa. La presión por ser activos y por controlar, los miedos a no dar la talla... suelen provocar una gran congoja que a veces toma salida insultando a otros varones (“marica” “gallina” “calzonazos”...) o responsabilizando a las chicas de su malestar. Además, la empatía tampoco es un valor muy desarrollado, por lo que tienen dificultades para ponerse en lugar del otro o de la otra. La presión les hace además vivir la sexualidad como una lucha y el deseo como un malestar que hay que eliminar cuanto antes.

La sexóloga Montse Calvo califica esta sexualidad como **sexualidad atlética**. “Atleta” viene del griego *athlón*, que significa “lucha” y el atleta es “el que lucha”. La sexualidad atlética es Imitación de modelos externos (y no apetencia), es Exigencia (y no preferencia) y es Técnica (y no juego ni diversión). La sexualidad atlética es vivida como una obligación y como una necesidad. Según este modelo, la excitación o el deseo sexual es algo insoportable y abrasador, un impulso sexual incontrolable, un malestar o tensión que hay que quitarse de encima cuando antes. Suele responder a señales que se han establecido como excitantes: un escote, una falda ajustada, una foto provocativa en el Tuenti... El placer es entendido como una manera de descargar tensiones, de quitarse de encima la excitación y el deseo, con la autoexigencia de liberarse cuanto antes. Las consecuencias de este modelo las hemos visto antes en el estudio sobre la coacción: hay que acabar lo que se ha empezado, las chicas que empiezan y dejan a los chicos a medias son unas *calientabraguetas* y los chicos tradicionales se creen en el derecho de presionar en estas circunstancias, en vez de agradecer las caricias recibidas.

¿Qué es consentir? ¿Cómo podemos responder a la presión? ¿Se puede negociar sin exigir?

Ya hemos comentado que el modelo sexual hegemónico hace del coito la práctica estrella. Y consentir significa, para el modelo tradicional, decir sí a un coito, como el débito conyugal de nuestras madres pero en versión adolescente. Y si se deja claro desde el principio que no se desea un coito, consentir significa llegar hasta el final, es decir, hasta el orgasmo del chico. Pero éste es un mal consentimiento. Consentir es decir que sí, sabiendo, con libertad, y no bajo presión. Tener sexo no es una obligación. El consentimiento dado puede ser revocado en cualquier momento y la negociación forma parte siempre del proceso (González, 2007).

El tema será pues enseñar a negociar. ¿Es esta empresa tarea de la escuela? Yo creo que sí; además, lo dice la ley.

En el Preámbulo de la LOE 2/2006, de 3 de mayo, dice que entre las finalidades de la educación se destaca el pleno desarrollo de la personalidad y de las **capacidades afectivas** del alumnado, /.../ el reconocimiento de la **diversidad afectivo-sexual**, y también la **valoración crítica de las desigualdades** que permita superar los comportamientos sexistas. Se asume así lo que expresa la Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género.

Esto significa que al final de la escolarización obligatoria, nuestro alumnado debería decir no al sexismo, a la homofobia o a la transfobia... y debería poseer la capacidad

de reconocer los propios sentimientos y los de las demás personas, de controlarse y de motivarse, de ponerse en el lugar de las otras personas y de relacionarse con ellas.

¿Por qué la escuela no desarrolla la inteligencia personal? Tal vez debamos retrotraernos unas décadas para poder responder.

El paso de la escuela segregada a la escuela mixta no significó una escuela coeducativa y en igualdad. A las chicas se les dijo: *Venid, comed y bebed de nuestro pan androcéntrico*, y dejad en la casa los saberes y las habilidades femeninas: domésticas, expresivas, relacionales, de cuidado... Lo social, a través del currículo, decide lo que es la inteligencia. (Sastre, Moreno, 2002). El conocimiento en el campo de la afectividad y de las relaciones personales no se considera inteligencia. Por ello, no se enseña. Pero nosotrxs sabemos que las relaciones interpersonales son más complejas que cualquier materia curricular. Si no las aprendemos, andamos a ciegas y respondemos de manera primitiva: con agresión y presión, con pasividad e inhibición; y recurrimos al estereotipo, camino lleno de tóxicos, pero seguro.

Y lo seguro en educación sexual parece ser continuar perpetuando el modelo sexual hegemónico: coitocentrista, reproductista, sexista, adultista, normalista, heterosexual y parejil. Respecto a esto último, nuestro ideal de felicidad está teñido de complementariedad y la falta de pareja es vivida como una carencia, especialmente en las mujeres, a las que se educa más para el otro que para la autonomía personal.

La educación biologicista, de la que en absoluto pretendo hacer responsable al colectivo sanitario, es una educación instructiva, puntual y de corto recorrido porque desvincula la sexualidad de la afectividad, de la comunicación y del placer. Es sexista, y perpetúa la desigualdad porque no tiene en cuenta la diferente educación que se nos da dependiendo de lo que tenemos entre las piernas. Además, es erotofóbica porque se acerca a la sexualidad solamente desde lo negativo (sida, malos tratos, violaciones, embarazos...) y no desde el placer.

No me cabe ninguna duda de que el personal sanitario y el personal docente compartimos las preocupaciones por la salud y el bienestar de las personas, pero también compartimos **los miedos**. A las familias, a las posibles denuncias, a fomentar la promiscuidad, a hacer el ridículo, a no saber... A veces, nos escondemos detrás de una educación biologicista aparentemente neutral porque no nos atrevemos a mirar dentro. Los titulares alarmistas que hablan del incremento de abortos adolescentes esconden unos porcentajes muy similares en mujeres de 30 años (Ver datos del Ministerio de Sanidad i Consumo), supuestamente más responsables. Algunas voces tachan de *frescas* a las chicas adolescentes y denuncian que han tomado por costumbre tomar la postcoital, y más ahora que ya se puede comprar sin receta. Sin embargo, las jóvenes no son las principales usuarias y más que apelar a su irresponsabilidad, me parece que lo que deberíamos hacer es analizar las dificultades que tienen para negociar el uso del preservativo y las presiones a las que se ven sometidas para no utilizarlo.

A parte de los miedos, nos enfrentamos también a un par de tópicos que siguen todavía muy vivos: que la sexualidad es privada y que la naturaleza es sabia y ya nos

enseña lo que hay que hacer. “*¡Eso se nace sabido!*” me decía un alumno el curso pasado en una clase de segundo de la ESO, donde solamente una persona sabía qué era el clítoris. “*Hacerlo es como jugar a los dardos*”, añadía un compañero. “*¡El sexo se hace sin pensar, es como marcar un gol!*” me han dicho este año en tercero.

Me gusta coleccionar frases. El top-ten sigue siendo una del curso 08-09. En el segundo de la ESO que he comentado anteriormente donde desconocían el clítoris, estuvimos hablando del placer y de los placeres al margen del coito. Acabé haciéndoles un dibujo de la vulva en la pizarra y situé el clítoris. Un alumno dijo al acabar la clase: *¡Al final para meterla vamos a tener que estudiar y todo!*

Efectivamente, para meterla hay que estudiar, y para saber que el sexo no es sólo meterla o que te la metan, también. Por eso es imprescindible que nos acerquemos a la sexualidad cuestionando el modelo sexual hegemónico y propiciando un erotismo más creativo donde tengan cabida otras sensibilidades y otras prácticas. Darnos permiso para experimentar, hacernos responsables de nuestro propio placer, atrevernos a pedir, a recibir o a rechazar... a explorar nuestro cuerpo (Altable, 2000). Cuestionar un modelo amoroso hecho de sacrificios, de renunciaciones y de sumisión. Enseñar las habilidades sociales para defenderse de la presión y para comunicarnos con la pareja: *¡Todos lo hacen! ¡Debes crecer! ¡Eso es de hombres/de mujeres!*

La diferente socialización de unas y otros los convierte en dos mundos opuestos: ellos han de ser activos sexualmente; ellas, pasivas pero conteniéndolos. Las consecuencias de este modelo son: el retraso de las mujeres en el desarrollo de su sexualidad y el de los hombres en su desarrollo emocional y relacional. Más que el desconocimiento de los anticonceptivos o de las prácticas de riesgo, los modelos estereotipados de la masculinidad y de la femineidad actuales son los que fomentan los riesgos. Pero estos no son solamente los embarazos y las enfermedades, sino el sexo doloroso, el sexo poco placentero, el sexo bajo presión, el sexo como instrumento para que “no me deje”... en definitiva: el mal sexo.

La sobreabundancia de vías de acceso a la información nos crea, además, el espejismo de que la juventud lo sabe todo y de que a más información, más libertad. A menudo se produce también el encadenamiento perverso entre libertad y promiscuidad, y entre promiscuidad y déficit de autocontrol. “*Si viviéramos en una sociedad permisiva, no pararíamos de hacerlo incluso por la calle*”, me han dicho alguna vez en clase. También a veces son algunas personas adultas las que dicen que lxs adolescentes ya saben demasiado y que no escucharán a la persona adulta.

El descrédito de lxs adultxs se ha puesto de moda en las series de televisión. *Física o química* o *Padres* muestran profesorxs, padres y madres inmaduros, hipócritas, contradictorios e irresponsables. De ellxs podemos aprender que también nosotrxs tenemos la hormonas revolucionadas y podemos comportarnos como niños cuando nos enamoramos. También nos pueden enseñar que acercarnos a la juventud desde el paternalismo, desde la añoranza de unos tiempos pasados mejores, desde de la crítica (*¡Si nosotrxs hubiéramos tenido tanta libertad y tanta información...!*) y la dureza con sus equivocaciones... no es muy educativo. Pero no tengo ninguna duda que lxs jóvenes necesitan adultxs de referencia positivos que tengan claro que Ver no es

Saber ni Comprender y que la supuesta información que tienen es sólo una sucesión de fotos fijas que se han de convertir en la película de su vida. El reto está en que les ayudemos a ser lxs directorxs y lxs protagonistas de la película, y no actores o actrices secundarixs.

Bibliografía:

Altable, Charo, *Educación sentimental y erótica para adolescentes*. Miño y Dávila editores, Madrid, 2000.

Bonino, Luís, "[Salud, varones y masculinidad](http://vocesdehombres.wordpress.com)" <http://vocesdehombres.wordpress.com>

Calvo, Montse, *Sexualidad atlética o erotismo*, Icaria, Barcelona, 2008.

Comins, Irene, *Filosofía para cuidar*, Icaria, Barcelona, 2009.

Freixas, Anna, *Nuestra menopausia: una versión no oficial*, Paidós, Barcelona, 2007

González, Amalia, "[Educación afectiva y sexual en los centros de Secundaria: consentimiento y educación](#)".

Sanchis, Rosa, *¿Todo por amor? Una experiencia educativa contra la violencia a la mujer*, Octaedro, Barcelona, 2006. (También en catalán)

Sanchis, Rosa, *¿Qué tengo aquí abajo?*, Bullent, Picaña, 2007. (También en catalán)

Sanchis, Rosa, *Abril no és un mes*, Tàndem, Valencia, 2008. (En catalán)

Sanchis, Rosa, *Primavera per a Palmer*, Tàndem, Valencia, 2008. (En catalán)

Sastre, Genoveva, y Montse Moreno, *Resolución de conflictos y aprendizaje emocional. Una perspectiva de género*, Gedisa, Barcelona, 2002. (Segunda reimpresión, 2007)

Simón, Elena, *Hijas de la igualdad, herederas de injusticias*, Narcea, Madrid, 2008.

Valls, Carme, *Mujeres invisibles*, Debolsillo, Barcelona, 2006 (3a. Edición, 2008)